

Embajadores del Carnaval



Allá por el Neolítico, los cazadores se disfrazaban con pieles de animales y conducían a sus presas hasta acantilados para despeñarlos. Como arrancados de aquel ritual prehistórico, los *momotxorros*, hombres-ovejas, resucitan cada año en Alsasua. Entre cencerros, alaridos y música de akelarre toman las calles con sus bailes y sus sardes. Cuentan que incluso los más valientes se esconden al verles. ¿Se atreve a conocerles?

Llega el ansiado 8 de marzo de 2011, **martes de carnaval**. Hoy, al caer la noche, nos convertiremos por unas horas en seres mitológicos. Beberemos, bailaremos la "*momotxorroren dantza*" - que llevamos días ensayando -, gritaremos y, sobre todo, nos divertiremos.

En el polideportivo Zelandi se ultiman los preparativos. El ritmo es frenético. Hileras de sábanas blancas ensangrentadas y cubos preparados para el ritual de la imposición de la sangre. Enfundados en los pantalones azules de mahón y con las abarcas de goma negra trenzadas por encima de los calcetines de

lana blanca, llega el momento. Nos embadurnamos rostro, manos y brazos con la sangre (*esperamos que sea de ternera porque el olor de la de cerdo es insoportable*) y nos colocamos la sábana impregnada por encima. Y de esta guisa, nos ajustamos el tocado: enormes cuernos embutidos en un terrero del que cuelgan crines de caballo y una piel de oveja que se sujeta a la cintura con cencerros. Somos los **Momotxorros** de la Alsasua rural, mitad hombres, mitad bovinos.

Sarde en mano, nos preparamos para la siguiente escena. El *sarde* es un tridente de madera al que se le atribuyen poderes fertilizantes. Por eso, azuzaremos con él a todas las mozas que nos encontremos. Una vez preparados y a puerta cerrada, bailamos nuestra danza. Es un ritual exclusivo para nosotros, una especie de último ensayo general que nos llena de arranque.

En torno a las 19:30 un cohete anuncia el desfile. Entre humo y bengalas que tiñen el aire de rojo, salimos en estampida gritando, corriendo, saltando, haciendo sonar nuestros cencerros para ahuyentar los malos espíritus e instigando con el *sarde* al personal. Parecemos una manada de toros en un encierro popular. Y a juzgar por las caras de pequeños y mayores, damos bastante miedito.

Pero no somos los únicos en este dantesco espectáculo sin guión. Una cohorte de seres extraños y monstruosos nos acompañan. Brujas aullando en torno al *akerra*, macho cabrío que encarna al diablo; mullidos *juantramposos*, especie de fantasmas en forma de sacos rellenos de hierba seca que ruedan por el suelo; la *golda* tirada por bueyes para arar la tierra con una estructura de madera muy arcaica y las *mascaritas*, unos personajes que se visten de forma sencilla. Se cubren el rostro con una puntilla, colocan sobre la cabeza una colcha brillante y la atan con una cuerda y un pompón. Las telas que utilizan son antiguas y van pasando de generación en generación. Y además, un sin fin de personajes más ataviados con arpilleras, cintas y diferentes elementos rurales.

Total que, entre gritos, bramidos y música de gaiteros, *txistularis* y *fanfarres* van transcurriendo las dos horas de este siniestro desfile de embestidas, saltos y sustos.

Ya casi al final, entramos a la carrera en la plaza Mayor, donde bailoteamos de nuevo. Después, el repique de campanas anuncia la *desmascarada*. Es el momento de descubrir los rostros. Y así, en torno a las 22:00, menos fieros ya, bailamos por última vez, la *momotxorroren dantza*.

A partir de ese instante... ¡ya falta menos para el próximo carnaval!